

SILVIA LAFORET

Dónde puedo  
alquilar una primavera



m̄r





Dónde puedo  
alquilar una primavera



SILVIA LAFORET

Dónde puedo  
alquilar una primavera

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Silvia Laforet, 2015

© 2015, Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42. 28027 Madrid

[www.mrediciones.com](http://www.mrediciones.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-270-4163-9

Depósito legal: B. 729-2015

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Unigraf, S. L.

*Impreso en España-Printed in Spain*

*Para todas las Alicias, los Arturos,  
los Fernandos, Rodrigos,  
Ángeles y Antonios  
de este extraño y maravilloso mundo.*

*Para Eduardo y Ana, siempre.*





—Pues si le parece, me siento ahí en el suelo, a su espalda,  
y usted se pone a escribir.

—No estaría mal.

—Pero tendría que aprender a escribir como habla.

—Ya lo creo, no ha dicho usted nada. Es lo más difícil  
que hay.

CARMEN MARTÍN GAITE, *El cuarto de atrás*

*Una mudanza es toda una historia.*

GEORGE PEREC, *Especies de espacios*



PRIMERA PARTE

VERANO



## SEGUNDO B. MUDANZA

Cuando el horno empezó a arder, Manuel rompió a llorar. Un piso más abajo, ladraba el perro del vecino. Un piso más arriba, discutían un hombre y una mujer. Alicia contemplaba las llamas crecientes sin reaccionar —ni trapo, ni tapa de cacerola, ni extintor—, hipnotizada y atenta al resplandor azulado, al perro, a los vecinos, al calor de la tarde. Y pensaba: «Así que esto es la vida, no es más que la vida; la vida no es más que esto».

Entonces, Carolina, alzándose de puntillas sobre sus siete años, tan responsable, tan triste, tan seria, le dijo a su madre:

—Mamá, apágalo. —Era una orden.

—Mierda de *pizza* —farfulló Alicia—, mierda de aparato... —Y se afanó en extinguir el fuego que había prendido en el papel marrón que cubría la bandeja del horno—. Nos hemos quedado sin cena —anunció. Y se volvió sonriendo hacia la niña, que le correspondió con una mirada de reproche.

—Manuel está llorando —dijo la pequeña. Y se fue al salón.

Alicia dudó entre recoger el estropicio o seguir, cansada y vencida, a su hija, coger a Manuel (tres años y medio) en brazos, ignorar la mirada furibunda de Carolina y bajar con los dos bien sujetos al *burger* de la esquina, cenar comida basura, consolar las lágrimas del pequeño y la ira contenida de la mayor con el McMenú de turno y volver a subir para acostarse los tres en la misma cama, la grande, la única despejada entre el aluvión de cajas de mudanza que esperaban despararramadas aquí y allá. Entonces Carolina dijo:

—Quiero irme con papá.

Y el llanto de Manuel arreció. Alicia quiso morir durante un segundo, tragó saliva en el siguiente y en el tercero, con la mejor de sus sonrisas, dijo:

—¡Mañana es viernes, chicos! Mañana vendrá papá a buscaros, claro que sí. Papá y yo siempre estamos con vosotros.

—Mentira —le reprochó Carolina—. Papá no está ahora. Y a él no se le quema el horno.

—Pero, mi amor —contestó Alicia tragándose un sollozo, un grito y todo su agotamiento—, a todo el mundo se le quema el horno alguna vez. Y no pasa nada. ¡Os invito al McDonald's! ¿Qué os parece?

Manuel, que andaba acurrucado ya hacía rato en la tripa de su madre, se limpió los mocos con el borde de la camiseta.

—Vale —dijo con su vocecita de bebé grande.

—Vale —claudicó también la dura Carolina—, pero mi menú con helado.

—Sí, mi amor, con helado —aseguró la madre—. Poneos los zapatos.

Tienes treinta y nueve años, dos hijos, una vida. De repente —siempre parece que es de repente— tienes treinta y nueve años, dos hijos y otra vida completamente distinta. Los divorcios son como los sarpullidos, aparecen sin avisar aunque la incubación haya sido muy larga. Y el paso entre la salud y la crisis se asemeja mucho a la teletransportación: desde el sofá de tu casa a un piso extraño sin amueblar, desde lo conocido a lo ajeno, desde el plural del nosotros a la soledad del yo. Y sigue nadando, si puedes. Te zambulles en un mar de dudas que es un pantano espeso y oscuro. Chapoteas, el agua está helada e intuyes monstruos que te morderán los pies; te hundes un poco, recuperas el control y, una y otra vez, se te vuelve a escapar. Eres un naufrago en algún lugar de un inmenso océano, eres uno más entre los restos de un accidente fatal que se repite a menudo. Entretanto, lo que más quieres, esas personas tan pequeñas que has traído a este mundo, te miran anonadadas desde la orilla. Y por ellas te arrastras fuera

del barro, cruzas el desierto del Gobi, escalas el Annapurna si es necesario. Cuando al fin crees que has conseguido estabilizar las mareas y los humores, te das cuenta de que no se puede vivir sólo de amor, aunque estés segura de que sin amor no se puede vivir. Entonces hay que atender a la cuenta bancaria y al reparto de bienes, y todo eso te viene grande y no tienes el alma para números. Te ves sin un duro y tu sueldo no da para mucho. Ya no tienes casa y lo que te toca en el reparto te lo gastas en Ikea intentando amueblar el piso de alquiler más barato que has encontrado. Y todo esto con un niño a cada lado, tirando de tus manos, de tus brazos y de las dos partes en las que se te ha roto el corazón.

Más tarde, algún día, te sentarás a atender el aullido que se te ha atascado en el interior. Ahora crees que eso es lo de menos, pero pronto descubrirás que ese dolor, si no se limpia, empieza a rezumar podredumbre enseguida y que vas a tener que curarte la herida para no ensuciar todo lo que toques.

Enredada en ese estropicio, Alicia alquiló el piso segundo B del número 7 de una calle con poco tráfico en un barrio a seis estaciones de metro del centro de la ciudad. El cole de los niños queda a tres cuartos de hora y hay que coger dos autobuses para llegar. No pasa nada, piensa Alicia, en África caminarían cinco kilómetros para buscar agua. Las aceras tienen cierto tufo a caca de perro. Y los domingos por la mañana, a orines de botellón. Los lunes, después del lavado de cara municipal, el barrio parece otra cosa. Parece lo que realmente es: un lugar lleno de vida, de vidas de verdad, sin Photoshop; vidas que se conocen y se mezclan, que se visitan y hablan y se paran en la calle. Que se critican, se odian, se aman, se ignoran. Que compren en el mismo supermercado, en el chino, en la frutería de toda la vida. Que bajan a tirar la basura en zapatillas. Que no usan Facebook para saber qué hizo el vecino ayer. Un barrio con panadero que te fía el pan si no llevas sueldo. Un barrio donde están muy vivos todos. Alicia no sabe si ella va a ser capaz de estar tan viva. Tiene miedo. Le importa un bledo tener que cruzar calles oscuras, no conocer



a nadie, amontonar sus cosas en las estrecheces del piso, o que los niños vean que no todo el mundo vive en urbanizaciones cerradas con piscina y pádel; ya está bien de esconderlos en *El show de Truman*. No, Alicia no tiene esos miedos. Es otra cosa. Es peor. Es pánico a la desolación.

A las once los niños están dormidos en la cama grande, que sólo necesita una sábana. Es verano, agosto recién nacido, y es una de esas noches en las que el aire no baila y el sudor dibuja un cerco bajo la cabeza de los pequeños. Alicia se mete con aprensión en la bañera, mal pintada de un verde años sesenta que no parece de fiar, aún no ha tenido tiempo de limpiarla con lejía, y de puntillas deja caer el agua templada sobre todas sus dudas. Se está secando cuando llaman al timbre.

—No puede ser —murmura—. A estas horas, joder...

Por la mirilla, la visita inoportuna parece una vecina, una señora rellenita vestida con una bata fresca de flores que acerca la oreja a la puerta para escuchar si hay ruido en la vivienda. Vuelve a llamar y Alicia decide abrir antes de que despierte a los niños.

—¿Sí? —pregunta cabreada—. ¿Qué q...?

La vecina floreada no le deja acabar la frase.

—Hola, hija, buenas noches, ya me vas a perdonar que llame a estas horas, pero he venido antes, hace un rato, y no había nadie, y claro, como la reunión es mañana por la tarde y yo por la mañana no voy a estar porque tengo que ir al Clínico con mi marido, pues no quería dejar de avisarte hoy, ya me perdonarás, que sé que no son horas, tenéis niños, ¿no? Pero vamos, que con esta calorina a ver quién duerme. Bueno, que yo me llamo Ángeles y estoy arriba para lo que quieras. El caso es que mañana hay reunión de vecinos y no queremos que faltes, ¿eh? Nos juntamos en el portal. Total, somos cuatro gatos, ya verás, y luego, según se dé la cosa, a veces nos tomamos algo... Os espero entonces, ¿no? A tu marido no le he visto; si no puede, con que vayas tú, vale...

Pronuncia estas últimas palabras con un deje de ironía que no se le escapa a Alicia; con ironía y con unas ganas tremendas de saber si existe o no existe el mencionado marido.

Alicia no tiene ningún problema en despejar dudas y en darle a esta mujer algo que contar mañana en el AhorraMas.

—No, yo estoy separada. Y sí, los niños están durmiendo. Hemos hecho la mudanza hoy y estamos agotados. Gracias por la información, pero es que yo estoy de alquiler, ¿sabe? Y no tengo que ir a las reuniones de vecinos, irá el dueño del piso, imagino. Yo eso no lo sé. Pero muchas gracias de todos modos. Me llamo Alicia. Si usted necesita algo, pues le digo lo mismo, ya sabe dónde estoy. Perdone, es que estoy molida. Buenas noc...

—Ay, criatura, pues qué pena. Pero tú no te preocupes, ¿eh?, que aquí no vas a estar sola. Mira, lo de las reuniones te lo tengo que explicar. Te cuento: aquí somos pocos. —Y la mujer hace ademán de querer entrar y acomodarse, pero Alicia se agarra al quicio de la puerta con firmeza—. Los más antiguos, mi marido y yo y, desde luego, Arturo, del primero A, que ya estaba aquí cuando llegamos. Ay, hija, espero que no te molesten los perros, tiene tres... El piso que tienes enfrente está vacío, pero no me extrañaría a mí que viniera alguien pronto porque también tiene el cartel en la ventana, de la misma agencia que la tuya, porque estos pisos son los dos de la misma señora, menudo elemento, tú trátate con la agencia, te lo digo yo, que la señora es de mírame y no me toques. En el primero B vive Rodrigo, pobre chico, que se le acaba de morir la madre y, bueno, bien pensado, ahora también es propietario, pero de todas formas da igual, siempre ha venido él a las reuniones. Yo vivo aquí mismito, encima de ti, y enfrente de mí, Fernando, el gamberro del nieto de Alegría, cómo se le ocurriría a esa mujer, una santa, dejarle el piso a semejante elemento. El día que no llega a las cuatro, llega de día, no llega o llegan él y diez más. Pero bueno, otro día te cuento, que se te ve cansada. El caso es que aquí las reuniones de vecinos son muy importantes. No te asustes, que esto no es como la película de *La comunidad*, anda que no me reí yo con la Carmen Maura, qué sinvivir tenía la mujer. No, hija, es que como la propietaria de estos pisos no aparece nunca, hemos pensado que si vive alguien aquí, pues es normal que participe en todo, ¿no? Es que nosotros somos como una familia, ¿sabes?

Con sus más y sus menos, claro, como todas las familias, pero una piña para ciertas cosas. Y tú has llegado justito el día antes de la reunión, que si no, no te hubiéramos dicho nada. Esto lo organizamos, como mucho, dos veces al año, para decidir los turnos de limpieza de la escalera y los cuidados de Arturo. Esas cosas. Mañana te enterarás de más. Por Dios bendito, qué calor, me subo, que mi marido ya estará protestando. Mañana a las siete en el portal. Y te presento a los demás. Hala, bonita, que descansas, que se te ve mala cara...

Y según termina la frase, ya está jadeando escaleras arriba, y Alicia ve girar la bata de flores en el rellano mientras cierra, agotada, la puerta. Turnos de limpieza, cuidar a un tal Arturo, la comunidad... Nota un mareo, demasiado calor. No ha comido nada en el McDonald's. Siente una náusea y busca sin resultado un vaso en una de las cajas de cartón que duermen en la cocina. Bebe de una botella de plástico y el agua le sabe a recalentada y a gloria a la vez. Lo que queda se lo echa por la nuca. ¿De qué le estaba hablando esta mujer?

—Ya lo pensaré mañana —pronuncia en voz alta. Y se va a la cama.

TERCERO B, 23.45 HORAS  
ÁNGELES Y ANTONIO

—Anda que no eres cansina, Angelines. ¿Ya le has dado la brasa a la vecina nueva? Joder, qué cotilla eres. ¿Qué coño te importará a ti lo del piso de abajo? Más te valía estar más en este, que hoy he vuelto a cenar frío.

—Y tan frío, Antonio, a ver qué quieres con este calor. Pues antes te gustaba mi gazpacho. Y si no te gusta, te bajas al bar, que ya estoy harta. Total, te pasas el día allí... Y yo hablo con quien me da la gana, que para lo que hablo contigo...

—Y la niña, ¿dónde está?

—Pues con el novio, dónde va a estar, si no son ni las doce...

—Mira que como se quede preñada os mato a las dos, ya te lo digo.

—Y yo te digo también que para preñarse da lo mismo que sean las doce que las siete de la tarde. ¿O es que ya no te acuerdas? Anda, vamos a dormir, si podemos, qué sudores...

—Bueno, mujer, ya que estamos sudando, arrímate un poco, anda, no me seas siesa.

—Y una mierda, Antoñito, después de toda la tarde gritándome... Que me dejes te digo, que quites la mano... Antonio, hombre...

—Anda, Angelita mía, si yo sé que te gusta...

## PRIMERO B, 02.00 HORAS RODRIGO

Rodrigo no encuentra el mando de la tele. Aparta cuatro bolsas vacías de nachos y de patatas fritas, dos envases de plástico con restos de salsa mexicana, seis latas de Coca-Cola marca Día que gotean al caer al suelo y un cubo tamaño XL de palomitas con la sal pegada en el fondo. Puto mando. Aparece debajo del sofá, diez minutos después. A Rodrigo le cuesta agacharse.

Quedarse en paro y engordar fue todo uno. Y desde que murió su madre ha sido aún peor. Nunca fue un tío delgado, eso ya lo sabe él, pero esto de matarse comiendo es una idea nueva; y no le parece tan mala. Al menos en la primera media hora siente cierto tipo de placer. Después viene el asco, pero si lo ignora, el estómago parece ensancharse y el cerebro, anestesiado con la televisión, se calla. Entonces le entra todo y más.

Cuando no come y no ve la tele, sale a comprar. Cada día va a un supermercado distinto. Le da vergüenza que vean lo que se lleva y lo poco que le dura. Todavía tiene destellos de sentido común. Podría parar esta locura, ir al médico, recuperarse, buscar trabajo y, si le tocara la lotería de encontrarlo, acudir puntual, duchado y afeitado, cada mañana y cada tarde; pasear al caer el día para mantener el peso ideal que habría conseguido tras el inicio de su nueva vida; limpiar su casa y, por ejemplo, tirar de una vez la ropa de su madre que sigue colgada en el tendedero tal y como estaba el día en que se murió. Pero no encuentra un motivo para tanto esfuerzo.

Rodrigo hace su última visita a la nevera antes de tirarse en la cama. Coge una botella de zumo para llevársela a la habitación. Cuando cierra la puerta del frigorífico, ve cómo cuelga de un imán el papel que cogió del buzón esta tarde. Mañana —hoy— hay reunión de vecinos. Diez años aguantando las reuniones de vecinos, desde que a su madre se le ocurrió que él, que tenía estudios, se enteraba mejor de las cosas... Pero mañana, no. Mañana no voy, se dice a sí mismo, y parece que se lo está diciendo a su madre, parece que tiene siete años y le está diciendo a su madre que mañana no va al cole porque se ríen de él porque está gordo. Mañana no voy. Pero su madre le obligaba a ir. Le daba un bocadillo enorme de salchichón y le obligaba a ir. Mañana también irá.

PRIMERO A, 07.02 HORAS  
FERNANDO Y ARTURO

Fernando intenta sujetar con el pie la puerta del portal para que no se cierre de golpe y levante las protestas de algunos vecinos, entiéndase: las protestas de Ángeles. ¡Cómo es posible que esta mujer le oiga llegar si vive en el tercero! La puerta se le escapa por un par de milímetros. Huy, qué pena, piensa Fer, que la señora de la casa se va a despertar... Y ahoga una risa de marihuana que todavía le dura de la noche. Lleva las manos ocupadas: en la derecha, un café con leche en vaso de plástico y con mucho azúcar, como le gusta a Arturo. En la izquierda, dos donuts que quedaban en el chino. No cierra nunca, el chino, qué tío listo, se está forrando... Con este equipaje golpea la puerta del primero A con el codo y abre con su propia llave. Arturo está algo sordo. No mucho, lo justo para oír lo que quiere, pero Fernando sabe que a él sí le oye, la hora del desayuno es sagrada, hoy llevamos dos minutos de retraso, le dirá el viejo, y estos donuts están duros.

—¡Buenas noches, Arturo!

—Buenos días, hijo, anda, pasa, que hay corriente.

—Con el calor que ha hecho esta noche se agradece el amanecer, abuelo. Nos hemos tenido que empapar a medianoche en la fuente, no había quien aguantara...

—No me llames abuelo, no soy tu abuelo. Y deja el móvil cuando te hablo.

—Ok, abuelo, nada de parentescos, tiene usted razón, faltaría más. Aquí le dejo el desayuno. Me voy a sacar a los perros —contesta Fer, whatsappeando con una mano.

—Como se te escape alguno o los atropelle un coche, te corto los huevos —afirma con toda tranquilidad el viejo, que mira de reojo el antiguo sable de alferez que cuelga de la pared.

—Lo sé, Arturo, lo sé. Me lo dice todos los días y todos los días volvemos tan contentos. ¿O no? Me piro...

—Adiós, hijo, que se me enfría el café y ya voy con retraso.

Fernando ya está en la calle y desde allí le grita al viejo:

—¡Que no me llame hijo, que no soy su hijo...! ¡Abuelo!

—Y enfila calle adelante hasta el parque que sirve de cagadero a los perros del barrio, partiéndose de risa.

Fernando es un yogurín. Veintisiete años, abdominales de mármol, media melena, barba de tres días. Un guapo. Un vacilón. A la hora de la verdad, un tímido y un buenazo en el corazón. Juega a ser bohemio. Periodista a falta de tres asignaturas, fotógrafo profesional cuando le da la gana de trabajar, embaucador por vocación y por talento. Modelo esporádico cuando hacen falta pelus. Últimamente no hacen falta. Ojito derecho de su abuela, que al morir le ha dejado el piso y los ahorros. Y la abuela sabía ahorrar. Se lo dejó todo no sólo por ser el único nieto, sino porque Fernando le hacía reír. Ese fue el argumento de la anciana, para escándalo del resto de la familia. Fernando fue torpe para cuidarla en la enfermedad; se encargó la chica interna a la que contrataron. Pero le hizo reír hasta el final. Todo ocurrió muy deprisa. El cáncer a edades avanzadas es raro pero, si aparece, es fulminante. Lo que se le daba de perlas al nieto era darle marcha a su abuela hasta cuando ya no se podía mover de la cama, que fue poco tiempo. Nieto y abuela eran dos gotas de agua, el mismo carácter y el mismo físico, cada uno en su versión, su edad y su sexo. Se entendían, eran cómplices, se reían de las mismas bromas tan sólo insinuadas, les gustaban las mismas cosas: la música, la calle, el verano, la cerveza con patatas fritas, la gente, el jaleo, la siesta, los libros, el chocolate, la vida. El padre de Fernando, el hijo de la moribunda, vivía escandalizado por esa relación absurda del vago de su hijo con la loca de su madre. Vivía y vive amargado, muerto en vida, muerto



y enterrado bajo sus constantes preocupaciones. Hay personas que si no se preocupan por algo, pierden el sentido de su existencia, piensa Fer, qué triste.

Se fue a vivir con la abuela en cuanto cumplió la mayoría de edad, después de la enésima discusión con el padre. La madre había muerto al dar a luz. Quizá de ahí venía el resquemor constante del padre, pero ¿qué culpa tenía él?, se defendía Fernando.

De un modo u otro se habían convertido en dos desgraciados que se arrojaban sus miserias, en vez de compartirlas y limpiarlas. Ocurre a veces, algo se rompe dentro y el dolor nos deja inválidos para querernos. Fer decidió que eso no iba con él, que no quería convertirse en su padre, que por esa puerta no pasaba y se veía ya con un pie en el umbral. Ni de coña. Cogió sus trastos y se fue al piso de la abuela. La anciana no necesitó explicaciones, conocía bien a su hijo, un clon de su difunto marido, siempre agrio y siempre enfurruñado. En cambio, el nieto era como ella, alegría de vivir, todo pasión.

Tiempo después el padre le reprochó: «Tú te has ido allí a sacarle los cuartos a la vieja». Cuando la señora cayó enferma, no fue capaz de velar por ella ni una sola noche, ni una mañana ni una tarde, pero ante el notario y ante el testamento el que protestó fue él. Se llevó lo justo y quedó rabiando por todo lo demás. Fernando le ignoró y decidió tomarse un año sabático, que ya va para dos. Los ahorros daban para eso y más.

A la abuela la adoraba. La abuela le decía: «Fer, cariño, qué haces ahí sentado, no hace falta que me hagas compañía, yo no me aburro nunca. ¿Tú has visto que me aburra? Muévete, hombre, cómete el mundo, que tu edad no vuelve. Ninguna vuelve. ¿A qué estás esperando? ¿Que quieres ser fotógrafo? ¡Haz fotografías! ¿Qué dices ahora? ¿Que quieres ser periodista? ¡Estudia y viaja! ¿Director de cine? ¡Hazlo! ¡Dirígete tu película!». A la abuela no le parecían mariconadas sus sueños, como le decía el padre. Para el padre, ser un hombre de

provecho era ser ingeniero, abogado o, como mucho, médico. Lo demás, mariconadas, hombre, mariconadas.

A la mierda, piensa Fernando cuando se acuerda de su padre. Pero el puntito de dolor se le queda dentro un buen rato.

Fernando casi nunca vuelve solo a casa. Una chica. Dos chicas y otro amigo. O media docena de colegas que se tiran a dormir la mona en el pasillo, en las habitaciones, en la cocina... Se está empezando a aburrir de tanta movida, pero aún no sabe romper. Sea como sea, llegue a la hora que llegue y con quién o cómo vuelva, a las siete en punto Fernando le lleva el desayuno a Arturo.

Puede caerse el mundo, puede vomitar en la escalera, puede dejar a medias a una tía. A las siete, él le lleva el desayuno a Arturo. Y pasea a sus perros, los salva de atropellos, secuestros y extravíos y vuelve a las siete y media para recoger el vaso y la servilleta del viejo, ponerle la radio y subirse a su piso, por fin, a dormir. A las tres y a las ocho de la tarde vuelve a sacar a los perros. Y entre paseo y paseo, hace lo que le da la gana. Últimamente, nada que le asombre. Y sin asombro, está muerto.

Cuando Arturo, el propietario más antiguo de la finca, se cayó con sus ochenta y tantos años de edad y la cadera rota en mitad del portal, todos pensaron que semejante dechado de salud se recuperaría. Nunca le habían visto enfermo. Pero no contaron con que el cuerpo tiene unos límites temporales y siempre —siempre— llega un día en que dice: «Basta». No ha vuelto a andar. Ángeles, la del tercero, la vecina de enfrente que martiriza a Fernando pasando la aspiradora cuando sabe que él está durmiendo, presume mucho de impulsar la iniciativa de cuidar entre todos a Arturo, como si fuese su obra de caridad personal. Pero la idea fue de Alegría, la abuela de Fernando, que ya estaba muy enferma cuando el viejo tuvo el traspie. Ella se estaba muriendo, pero lo más urgente e importante era asegurar que Arturo, soltero y sin familia, no se quedara abandonado.

Todos los vecinos estuvieron de acuerdo. Todos no eran muchos, eran tres: Rodrigo, el del primero B, aunque ya tenía bastante con cuidar a su madre; Ángeles, encantada en su papel de auxiliadora; y el propio Fernando, que por amor a su abuela era capaz de enrolarse en la Marina si hacía falta. Los pisos del segundo estaban entonces vacíos y la bruja propietaria, una resentida que había hecho dinero cuando enviudó y que desde el barrio de Salamanca los miraba con una mezcla de asco y suficiencia, no merecía ni que la hicieran partícipe de una idea tan buena.

Fernando le facilita el desayuno y se encarga de todo lo que tenga que ver con los tres perros del anciano, que tienen aún más achaques que su propietario. A Ángeles no le gustan los perros, así que ella se ocupa de mantener limpio el piso y preparar comidas y cenas sabrosas, de puchero, «de las que resucitan a un muerto», dice. Ha convertido el congelador de Arturo en un almacén perfectamente distribuido. Tarros de plástico con sus rótulos correspondientes: lentejas, pollo en salsa, albóndigas jardinera, cocido, pote gallego, menestra de verdura... Esquivando los lametones de los perros, baja cada día a casa de su vecino para servirle la comida previamente descongelada el día anterior y sacar del frigorífico lo necesario para el día siguiente. Si consigue que los perros la dejen en paz, incluso le da de comer, cucharada tras cucharada, cuando Arturo está desganado o mohíno. Y la mujer cumple a la perfección con lo suyo. Llena la casa de ruido, palabras, aromas y vitalidad.

Del baño, la cena —planificada por Ángeles de antemano— y la tarea de llegar hasta la cama con el pañal puesto se encarga Rodrigo. Todos saben que son los momentos más difíciles, incluso para él; y a la vez para él es más fácil que para los demás. Hasta hace un mes, antes de pasar a casa de su vecino de enfrente, Rodrigo hacía lo mismo con su propia madre. A Fernando le da pena ese chico y al mismo tiempo le admira. Él es un inútil para esas tareas y lo sabe. Él es un *showman*, Rodrigo es un cuidador nato. Cuando la abuela enfermó, subía a verla todos los días. Y Fernando no es de los que olvidan esas cosas. A cada uno lo suyo. La gran diferen-

cia es la dosis de felicidad que manejan uno y otro al asumir su papel: Fernando goza de remanente y Rodrigo es un desgraciado. No ha cumplido los cuarenta, pero parece diez años mayor. Tiene una peligrosa tendencia a la obesidad que se desmadró cuando se quedó en paro, hace un año, como tantos otros, como el marido de Ángeles, como medio barrio... Desde que murió la madre, no han vuelto a verle, pero todos saben que sigue atendiendo a Arturo, que sigue cruzando esos dos metros de descansillo cuando nadie le ve y cumpliendo con su tarea. Cuando vuelve a encerrarse en su casa, Arturo y el piso de Arturo despiden el olor inconfundible de la colonia Nenuco.

Mientras sube a su piso, Fernando se hace el buen propósito de visitar a Rodrigo, de sacar a ese hombre del cenagal en el que se ha quedado atrapado, le invitaré al cine, piensa, o a unas cañas o qué se yo... Pero tal como nace la idea en su atontado cerebro, se le escapa y cae de bruces y vestido sobre su cama, ya dormido.

# En el frío del invierno y en el calor del verano, ¿dónde puedo alquilar una primavera?

Alicia, recién divorciada y con dos niños, alquila un piso en un barrio sencillo que parece lo que realmente es: un lugar lleno de vida auténtica, de la de verdad. Confusa y agobiada, Alicia no sabe si va a ser capaz de estar tan viva como sus nuevos vecinos. Sin embargo, casi sin quererlo, una sorprendente revolución le espera entre las cajas de la mudanza.

Arturo el Anciano, Ángeles la Dispuesta, Fernando el Guapo y Rodrigo el Tímido le van a enseñar a Alicia la Triste que la felicidad es una planta que florece inesperadamente y que, si no estamos atentos, corremos el riesgo de perdernos su perfume.

No importa que tengas veinte años o ciento doce, cuarenta y tantos o sesenta y tres. En esta novela estáis tú, y tu vecino del bajo, la del 3º A, y el chaval del 1º B. Están tu barrio y otros barrios, sucesos antiguos, de la semana pasada y también, ya lo verás, del porvenir, ese lugar que puede ser —¿por qué no?—, tan luminoso como una primavera.